



Uno

El arcana no emite sonido. Miro el pequeño diapasón plateado, apoyado entre las joyas desparramadas sobre mi tocador. Las palabras de Garnet resuenan en mis oídos.

Te sacaremos de aquí.

Obligo a mi mente a funcionar, reprimo el terror que siento, e intento armar el rompecabezas. Estoy atrapada en mi habitación en el palacio del Lago. ¿Cómo es posible que Garnet, el hijo de la Duquesa del Lago, tenga un arcana? ¿Está trabajando con Lucien, la dama de compañía de la Electriciz, mi amigo secreto y salvador? Pero ¿por qué Lucien no me lo contaría?

Lucien tampoco te contó que el parto mata a las sustitutas. No te cuenta nada más de lo que él cree que necesitas saber.

El pánico se apodera de mí cuando imagino a Ash, encerrado y sangrando en el calabozo. Ash, un acompañante

de hijas de la realeza, quien puso en peligro su propia vida al amarme. Ash, la única otra persona en este palacio que comprende lo que se siente ser tratado como si fuera un objeto.

Niego con la cabeza. ¿Cuánto tiempo he pasado observando el arcana? ¿Diez minutos? ¿Veinte?

Necesito que suceda algo. Después de que la Duquesa nos descubriera juntos en la habitación de Ash, a él lo golpearon y lo encerraron en el calabozo, y no han enviado a nadie a rescatarlo. Si Ash permanece allí, morirá.

El terror reaparece y sube por mi garganta como bilis. Cierro los ojos con fuerza y lo único que veo son los soldados atravesando la puerta de la habitación de Ash. Arrancándolo de la cama. Su sangre derramada sobre el edredón cuando un soldado golpea con la parte de atrás de su revólver el rostro de Ash una y otra vez, mientras la Duquesa observa.

Y Carnelian. La sobrina malvada y horrible de la Duquesa. *Ella* también estaba ahí. Ella nos traicionó.

Me muerdo el labio y hago un gesto de dolor. Me miro en el espejo: mi cabello está despeinado; mis ojos, rojos e hinchados. Tengo el labio inferior partido en la comisura de la boca y un magullón incipiente oscurece mi pómulo. Palpo el área blanda, recordando la sensación de la mano de la Duquesa al golpearme.

Muevo la cabeza de lado a lado otra vez. Han pasado tantas cosas desde la Subasta. Secretos, alianzas, muerte. Me compraron para tener al hijo de la Duquesa. Aún puedo ver la furia en sus ojos cuando nos vio a Ash y a mí en

la misma habitación, en la misma cama. *Perra*, me llamó, después de que sus guardias se llevaran a Ash, arrastrándolo. No me importan sus insultos. Solo me importa lo que suceda ahora.

Lucien me dio un suero que yo supuestamente bebería esta noche. El líquido haría que parezca muerta, y él podría sacarme de la Joya y llevarme a un lugar seguro donde mi cuerpo no sería utilizado para los propósitos de la realeza. Pero no lo bebí. Lo regalé... Se lo di a Raven.

En alguna parte del palacio de la Piedra está mi mejor amiga, Raven. Su ama la está usando para un propósito más oscuro. Raven no solo está embarazada del hijo de la Condesa de la Piedra, sino que la están torturando de formas que no puedo imaginar. Es el caparazón vacío de la chica que una vez conocí.

Y no podía dejarla allí. No podía permitir que muriera de ese modo.

Así que le entregué el suero.

Lucien se enfadará cuando lo descubra, pero no tenía otra opción. Él tendrá que comprenderlo.

Con dedos temblorosos, tomo el arcana y me siento al borde de mi cama.

"¿Garnet?", le susurro al objeto. "¿Lucien?".

Nadie responde.

"¿Garnet?", repito. "Si puedes oírme... por favor. Por favor. Háblame".

Nada.

¿Cómo es posible que me rescaten mientras hay soldados custodiando la puerta? ¿Cómo es posible rescatar a Ash?

Me estalla la cabeza; duele pensar. Me hago un ovillo en la cama mientras aprieto el diapasón entre los dedos; intento obligarlo a emitir un zumbido, a que alguien me hable.

"Por favor", le susurro al objeto. "No lo dejen morir".

Yo, al menos, puede que posea algo que la Duquesa quiere. Tal vez mi cuerpo sea motivo suficiente para mantenerme con vida. Pero Ash no tiene eso.

Me pregunto cómo se sentirá morir. La chica salvaje aparece en mi mente, la sustituta que intentó escapar de la realeza y se ocultó. La que vi morir ejecutada frente a los muros de la Puerta Sur, mi centro de retención. Recuerdo la expresión extrañamente pacífica de la chica mientras llegaba el fin. Su valentía. ¿Sería yo capaz de ser tan fuerte como ella si ponen mi cabeza sobre el tajo del verdugo? *Díganle a Cobalt que lo amo*, había dicho. Eso, al menos, es algo que puedo comprender. El nombre de Ash sería una de las últimas palabras en mis labios. Me pregunto quién era Cobalt para ella. Debe haberlo amado mucho.

Oigo un ruido y me incorporo tan rápido que la habitación parece inclinarse. Mi único pensamiento es que debo ocultar el arcana en alguna parte, ahora. Es la única conexión que tengo con las personas que quieren ayudarme. Pero mi camisón no tiene bolsillos, y no quiero arriesgarme a esconderlo en la habitación en caso de que la Duquesa decida trasladarme a otro lugar.

Luego, recuerdo el Baile del Exetor, donde Lucien me dio el arcana por primera vez. Cuando Garnet arruinó mi peinado y él acudió a mi rescate, escondiendo el diapasón plateado entre mis rizos gruesos y oscuros.

¿Ha estado Garnet trabajando con Lucien desde entonces?
¿Me despeinó a propósito?

Pero ahora no hay tiempo para preocuparse por eso. Me acerco a toda velocidad hacia mi tocador y abro con brusquedad la gaveta en donde Annabelle, mi propia dama de compañía y la amiga más cercana que tengo en el palacio de la Duquesa, guarda las cintas para el cabello y las horquillas. Retuerzo mi cabellera hasta formar un rodete grueso y despeinado en mi nuca y aseguro el arcana dentro de él con las horquillas.

Me lanzo con rapidez sobre la cama nuevamente mientras la puerta se abre.

–Levántate –ordena la Duquesa. Dos soldados la acompañan. Se ve exactamente igual que la última vez que la vi hace una hora en la habitación de Ash; viste la misma bata dorada y su brillante cabello negro cae suelto sobre sus hombros. No sé por qué me sorprende ese detalle.

La expresión de la Duquesa es fría e impassible mientras se acerca a mí. Me recuerda al momento en el que la conocí por primera vez; espero que me inspeccione con ojos filosos y críticos y que luego me abofetee otra vez.

En cambio, se detiene a menos de un metro de distancia, y su semblante cambia de frío a ardiente.

–¿Hace cuánto? –ordena.

–¿Qué?

La Duquesa entrecierra los ojos.

–No te hagas la estúpida conmigo, Violet. ¿Hace cuánto que te acuestas con el acompañante?

Me desconcierta oírle usar mi nombre.

–No... No me estaba acostando con él –eso es en parte cierto, dado que en el momento en el que nos descubrieron, no estábamos teniendo relaciones.

–No me mientas.

–No estoy mintiendo.

Las fosas nasales de la Duquesa se ensanchan.

–De acuerdo –voltea hacia los soldados–. Átenla. Y traigan a la otra.

Los guardias se abalanzan sobre mí antes de que tenga la oportunidad de reaccionar; llevan mis brazos hacia la espalda y me amarran con una cuerda áspera. Grito y lucho, pero los nudos están demasiado ajustados. La cuerda me raspa la piel, la madera pulida de la cama se clava sobre mi espalda mientras los soldados me amarran. Luego, los soldados obligan a una silueta pequeña y desgarrada a ingresar.

Los ojos de Annabelle están llenos de miedo. Al igual que yo, tiene las manos atadas detrás de la espalda. No podrá utilizar su pizarra; Annabelle nació muda y solo puede hablar a través de la escritura. Su cabello cobrizo no está sujeto en el rodete habitual, y tiene el rostro tan pálido que sus pecas se destacan con claridad. Se me seca la boca.

–Déjennos –ordena la Duquesa, y los soldados cierran la puerta al salir.

–Ella... ella no sabe nada –replico débilmente.

–Eso me resulta difícil de creer –dice la Duquesa.

–¡No sabe nada! –grito, más fuerte esta vez, luchando contra mis ataduras, porque no puedo permitir que nada le suceda a Annabelle–. ¡Juro por la tumba de mi padre que ella no lo sabía!

La Duquesa me inspecciona; una cruel sonrisa juguetona en los labios.

–No –dice–. Aún no te creo –su mano azota el rostro de Annabelle con un golpe escalofriante.

–¡Por favor! –grito, mientras Annabelle se tambalea hacia atrás, por poco perdiendo el equilibrio–. ¡No la lastimes!

–Ah, no *quiero* lastimarla, Violet. Esto es *tu* culpa. Su dolor terminará cuando me digas la verdad.

Tengo las muñecas en carne viva, la cuerda corta mi piel mientras lucho por liberarme. De pronto, la Duquesa está a centímetros de distancia de mí, sujeta fuerte con su puño de hierro mi rostro; sus uñas se clavan en el golpe sobre mi mejilla.

–¿Hace cuánto estás acostándote con él?

Intento responder, pero no puedo abrir la boca. La Duquesa me suelta.

–¿Hace cuánto? –repite.

–Una vez –respondo sin aliento–. Sucedió una sola vez.

–¿Cuándo?

–La noche anterior –digo, jadeando–, anterior a la segunda vez que el médico intentó...

La Duquesa me fulmina con la mirada, hirviendo de furia.

–¿Has estado destruyendo a propósito los embarazos?

Puedo sentir el desconcierto en mi rostro.

–Yo... no. ¿Cómo podría siquiera *hacer* eso?

–Ah, no lo sé, Violet. Está claro que eres una chica de muchos recursos. Estoy segura de que podrías encontrar una manera.

–No –repito.

La mano de la Duquesa azota el rostro de Annabelle otra vez.

—Por favor —suplico—. Estoy diciendo la verdad.

Uno de los hombros de Annabelle está encorvado hacia arriba, como si estuviera intentando sostener su mejilla hinchada. Nuestras miradas se encuentran y lo único que veo es miedo. Confusión. Sus cejas se juntan y sé que está intentando preguntarme algo, pero no puedo discernir qué con exactitud.

—He aquí mi dilema, Violet —dice la Duquesa, caminando de un lado a otro frente a mí—. Eres una posesión muy valiosa. Por mucho que *quisiera* matarte por lo que has hecho, no sería una decisión comercial muy buena. Obviamente, tu vida en este palacio será diferente de ahora en adelante. No más bailes, no más chelo, no más... bueno, nada, supongo. Si es necesario, te quedarás amarrada a la cama durante el tiempo que dure tu estadía. Le he enviado una petición de emergencia al Exetor para la ejecución del acompañante, así que él debería estar muerto dentro de una hora, aproximadamente. Eso funcionará como castigo. Pero me pregunto: ¿es suficiente?

Intento tragar el gimoteo que sube por mi garganta, pero la Duquesa lo escucha y sonrío.

—Qué desperdicio, de verdad; es muy apuesto. Y bastante talentoso, por lo que he oído. La Dama del Río *estaba fascinada* con él en la fiesta de compromiso de Garnet. Qué lástima que no tuve la oportunidad de comprobar su talento por mi cuenta.

Una sensación fría y resbaladiza se retuerce en mi interior. La sonrisa de la Duquesa se amplía.

–Por favor, cuéntame –prosigue ella–, ¿qué pensabas exactamente que ocurriría con él? ¿Qué ambos cabalgarían juntos hacia el atardecer? ¿Sabes con cuántas mujeres se ha acostado? Es repugnante. Hubiera creído que tendrías mejor gusto. Si vas a enamorarte ciegamente de alguien en este palacio, ¿por qué no escoger a Garnet? Puede que sus modales sean atroces, pero es lo suficientemente apuesto. Y proviene de un linaje excelente.

No puedo evitar reprimir una risa amarga y áspera ante sus palabras.

–¿Su linaje? ¿De veras piensas que eso le importa a alguien de esta ciudad que no sea de la realeza? ¡Ustedes ni siquiera *necesitarían* sustitutas si no les importara tanto el estúpido linaje!

La Duquesa espera con paciencia a que yo termine de hablar.

–Creería que escogerías con más cuidado tus palabras –dice ella. Esta vez, cuando golpea a Annabelle, la piel de la muchacha se abre debajo de su ojo derecho. Las lágrimas ruedan por sus mejillas.

»Necesito que comprendas –prosigue la Duquesa–. Eres mía. El doctor no se detendrá hasta que mi bebé esté creciendo dentro de ti. Ya no tendré consideración alguna por tu dolor, tu incomodidad, o tu estado de ánimo. Serás como un mueble para mí. ¿Está claro?

–Haré lo que quieras –digo–. Pero, por favor, no la golpees más.

La Duquesa permanece muy quieta. Su expresión se suaviza, y suspira.

–Está bien –responde.

Camina hacia el lugar donde Annabelle está inclinada. Con un movimiento fluido, levanta a la muchacha de un jalón, sujetándola por el cabello, con la cabeza hacia atrás.

–Sabes, Violet –dice la Duquesa–. Me importabas. De verdad me importabas –parece honestamente triste mientras me sostiene la mirada–. ¿Por qué tuviste que hacerme esto?

No veo el cuchillo en su mano; solo un destello plateado mientras roza la garganta de Annabelle.

Los ojos de la muchacha se abren de par en par, con más sorpresa que dolor, mientras un corte color escarlata se abre en su cuello.

–¡NO! –exclamo. Annabelle me mira, con su rostro tan adorable y frágil, y ahora puedo ver la pregunta reflejada en su expresión con tanta claridad, que no necesitaría utilizar su pizarra para hacerla.

¿Por qué?

La sangre se derrama sobre su pecho, manchándole el camisón de color escarlata brillante. Después, su cuerpo colapsa en el suelo.

Un llanto salvaje y gutural inunda la habitación, y me toma un segundo notar que proviene de mí.

Me retuerzo contra mis ataduras, ignorando el dolor que siento cuando las cuerdas se clavan en mi espalda y en las muñecas, apenas sintiéndolo, porque si logro acercarme a Annabelle, puedo arreglar las cosas; si puedo sujetarla entre mis brazos, puedo resucitarla.

Tiene que haber una manera de traerla de vuelta, porque no puede estar muerta, no puede...

Los ojos de Annabelle están abiertos, vacíos; me miran mientras la sangre se derrama de la herida en su cuello y se esparce hacia mí sobre la alfombra.

–Necesitabas ser castigada por lo que hiciste –dice la Duquesa mientras limpia la sangre de su cuchillo sobre la manga de su bata–. Y ella también.

Con naturalidad, como si lo ocurrido no fuera nada, pasa por encima del cuerpo de Annabelle y abre la puerta. Antes de que se cierre, alcanzo a ver mi salón de té y a los dos soldados que me custodian, y me quedo sola con el cadáver de la chica que fue mi primera amiga en este palacio.